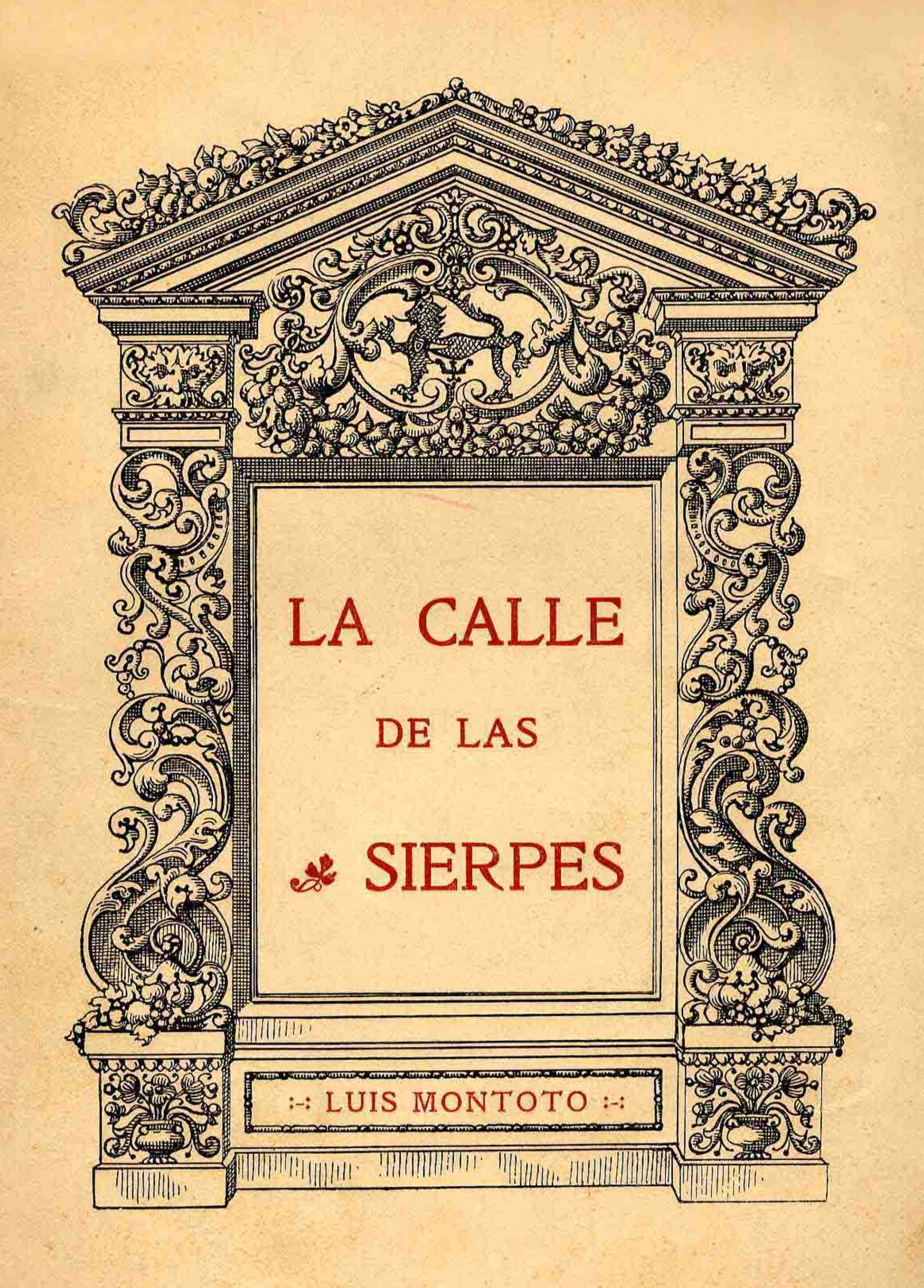


LA CALLE
DE LAS
SIERPES
LUIS MONTOTO

LA CALLE DE LAS SIERPES

AL SR. D. GONZALO BILBAO,

PINTOR EMINENTE;

SU ADMIRADOR Y AMIGO,

LUIS MONTOTO.

LA CALLE DE LAS SIERPES

(UN POCO DE HISTORIA LEÍDA Y OTRO POCO DE HISTORIA VIVIDA)

I



Y dejando atrás la Plaza de la Constitución, antigua de San Francisco, dije a mi huésped:

—Estamos en la calle famosa.

—De ella escribió Eusebio Blasco, ha medio siglo, que más que calle era un callejón.

—Pero hoy, aunque entrando y saliendo, serpenteando, es todo una señora vía.

—¿Por qué se llama de las Sierpes?

—Unos autores dicen que el nombre lo tomó de un caballero que en ella vivía, D. Alvaro Gil de las Sierpes, y otros afirman que de una quijada de sierpe, que estaba sobre la puerta de un mesón. Es lo cierto, que antes se denominó de la Sierpe. En la Recopilación de las Ordenanzas de la Ciudad, hecha, por mandado de los Reyes Católicos, en 1519, se lee que las tocantes a los espaderos se pregonaron «en la calle de la Sierpe», en presencia de Juan de Segovia. Y cuenta que se conoció desde

la reconquista por el nombre de Espaderos; porque aquí abrían sus tiendas los de este oficio y los fabricantes de puñales—quizás, entre ellos, aquel Juan de Hoces, de quien nos habla el autor de *El Ingenioso Hidalgo*—, como tenían las suyas algunos cuchilleros, porque el mayor número trabajaban en la calle, de igual nombre, hoy de Antiñano Campos. Las citadas Ordenanzas rezan que «el de cochillería es uno de los principales oficios, y arte, que ay en dicha cibdad». También hubo rascadores o limpiadores de espadas, en la calle de Rascaviejas, hoy de la Hiniesta.

—¡Buen edificio es este!

—La Cárcel Real.

—¡La cárcel! Todo es maravilloso en Sevilla. Por cárcel tiene un palacio.

—Quise decir, lo fué un tiempo.

—Esa lápida...

—Declara que ahí estuvo preso Miguel de Cervantes, no una, sino dos veces, en 1597 y 1602, y se engendró el libro que, en frase de un gran crítico, es la epopeya cómica del género humano.

—Pero ahora...

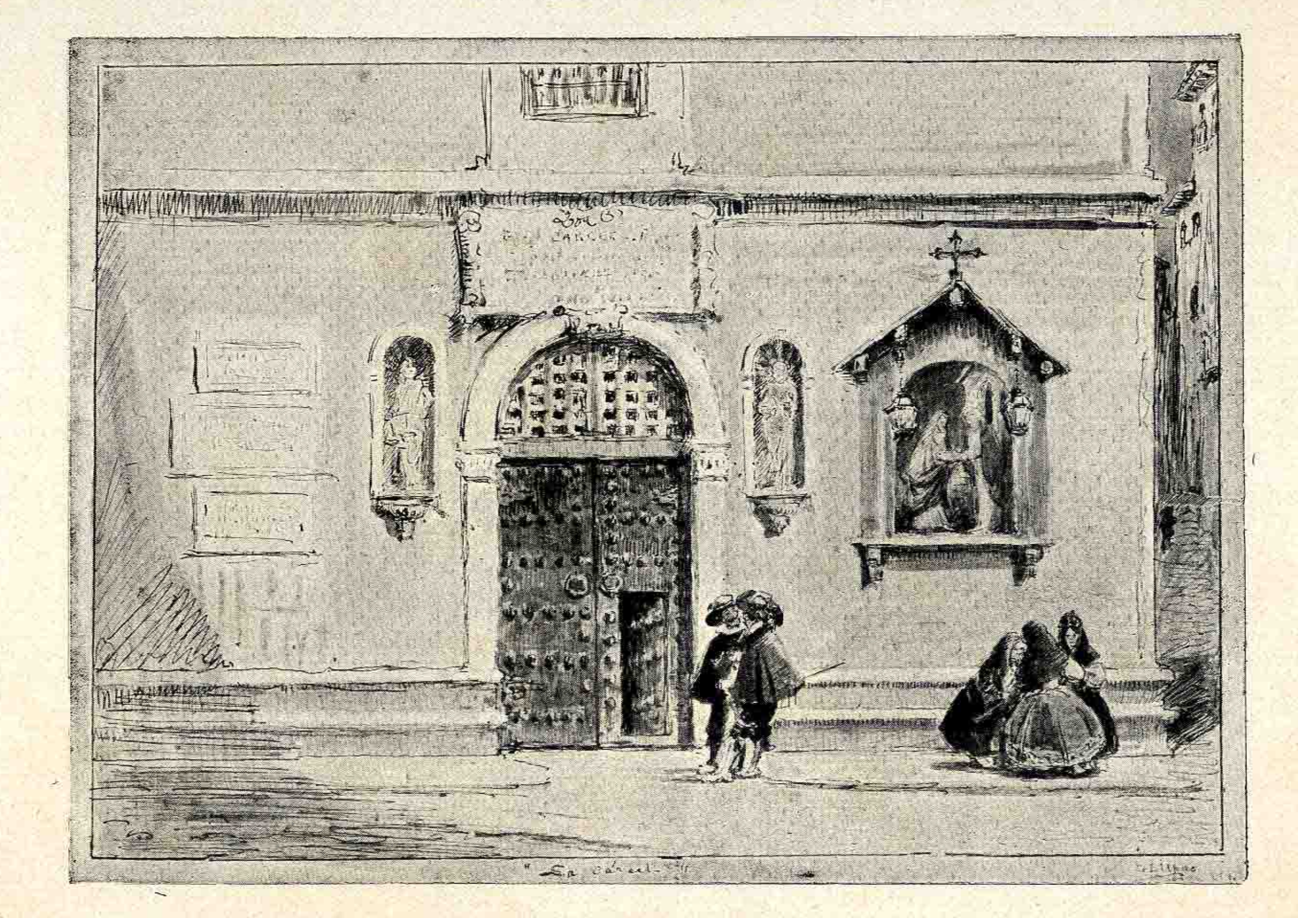
—Es la casa de una de las más distinguidas sociedades de recreo: el Círculo de Labradores. Antes fué el Café de Iberia.

—Mucho se escribe de la Cárcel.

—Gracias a Cristóbal de Chaves, cuyo libro *Relación de lo que pasa en la Cárcel de Sevilla* es fuente de abundantes aguas.

—¿Ha mucho que dejó de serlo?

—En 1837 se trasladó al ex convento del Pópulo. Siempre que transito por este lugar bendigo la memoria de una dama, dechado de la caridad más ardiente: Doña Guio-



GONZALO BILBAO

LA CÁRCEL REAL

mar Manuel. Vivió para los pobres y les legó parte de su cuantiosa fortuna. Atendió solícita a los presos, aliviándolos de su mucha miseria. Si esos muros hablasen, cantarían su gloria.

—La Ciudad no la ha olvidado.

—Deudora le fué de grandes beneficios: fundaciones piadosas, agua, enladrillado de las calles...

—¿Estaban enladrilladas?

—Enladrilladas o terrizas. Los Reyes Católicos, que a tanto proveyeron, nombraron al albañil Juan Rodríguez de Salas para el cargo de visitarlas y hacer que los vecinos las reparasen.

—¿Estas casas que siguen...?

—Ayer, de los caballeros Tellos; hoy, del Banco Hispano-Americano. Ayer, nobleza; hoy, oro.

—Oí hablar de cierto mesón llamado de los Perdidos. ¿Estuvo en esta calle?

—En la de Papeleros, hoy de Bruna. Se instituyó en 1493, y se nombró así el mesón del herrador Francisco González Prieto, en donde, bajo las penas señaladas, toda persona había de depositar los objetos que hallase y estuviesen perdidos; y no sólo los objetos, sino también los niños y los esclavos, con el designio de que el perdidoso pudiera recuperarlos sin daño de barras, quiero decir, sin valerse de pregoneros, los cuales, según las Ordenanzas expresan, mentían haberlos pregonado, o los habían pregonado mal. «Por cada esclavo y esclava, q. fuese hallado en la Cibdad, perdido, huydo, y traído al dicho mesón, den al que lo hallase, o truxese al meson, dos reales, y al mesonero un real, por lo rescibir y guardallo.=Por cada niño que fuese hallado, y traydo por perdido, que le den al que lo truxese cinco maravedís, y al mesonero

tres mrs. por su guarda, y más la costa que ficiere»...

—Antiguallas son esas, de que hoy se han hecho novedades.

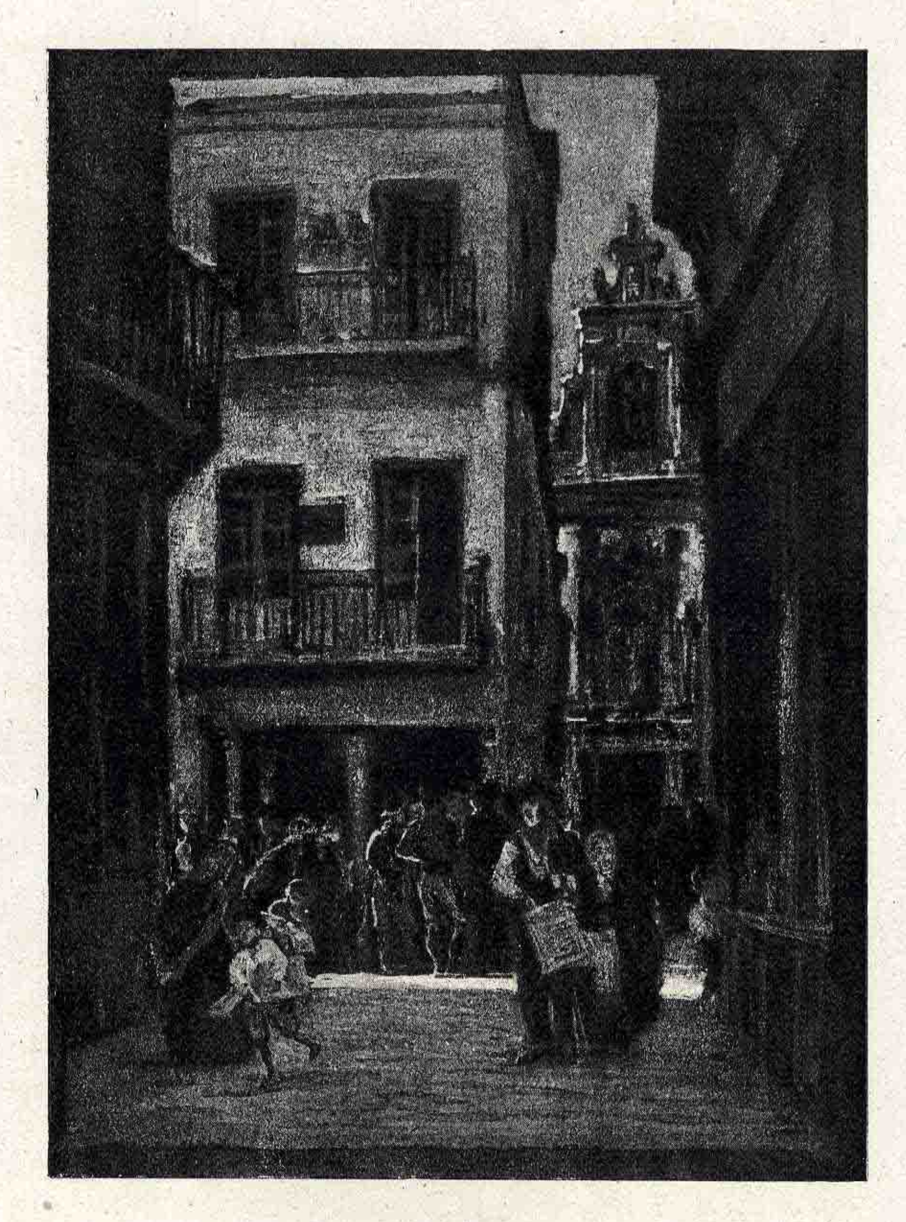
—Por aquí estuvo el Café del Rezo, oscuro como el corazón del avaro... La casa de más allá, el Crédito Lyonés, antes Café de los Emperadores.

—¿Y aquélla?

—Una de las imprentas más renombradas en tiempos pasados.

—Las imprentas sevillanas son célebres en el mundo.

—Tuvimos muchas: sin salir de esta calle, remontándonos a los siglos XVI y XVII, las de Alonso de Coca, Fernando Maldonado, Juan Gómez, Cosme y Hernando de Lara, Juan Pérez, Alonso Picardo, Simón Fajardo, Hernando Díaz y Alonso Escribano, el cual estampaba en sus libros este letrero: IN VIA SERPENTINA. En el décimoctavo, entre otras, las de Manuel Caballero y Francisco Sánchez Reciente, impresor el último de la Regia Médica Sociedad y de la Academia de Buenas Letras; y a contar de mediados del décimonono, las de Gómez, Estruch, Atienza, Santigosa, Geofrín—luego de Tarascó—, Lis, Ariza, Bergali, Valle, G. Zambrano, Pérez, y las de *El Porvenir* y de *La Industria*. La de Geofrín fué centro de hombres de letras, como en el siglo anterior la de Hidalgo, en la calle de Génova. Acudían allí Asensio, excelente cervantista; el melífluo poeta Juan José Bueno; el muy docto catedrático D. Jorge Díaz; el erudito Aceves; el inteligente Luís Segundo Huidobro; Rodríguez Zapata, cantor de las glorias de San Fernando, y Justiniano, autor del poema *Roger de Flor;* como si dijéramos, la flor y nata de la literatura hispalense. Guichot, Velázquez y Sánchez y Jiménez Placer frecuentaban la imprenta de Santigosa, si no la de Moyano



LAS CUATRO ESQUINAS DE SAN JOSÉ

GONZALO BILBAO.

Pág. 5.

en la calle de Francos. Puede decirse que la célebre tertulia de Bueno, en una casa de la calle de los Mármoles, fué la extensión de la tertulia de la imprenta y librería de Geofrín en una finca de D. José María de Álava, catedrático de la Universidad y excelente bibliófilo, que poseía preciosos códices, como el de las obras de Gutierre de Cetina, publicadas, corriendo los años, por otro catedrático, autor de muchos y muy buenos libros, D. Joaquín Hazañas y la Rúa.

—También tienen fama las tertulias literarias que en todo tiempo se celebraron en Sevilla.

—Y entre ellas se cuentan, antes de mediar el siglo pasado, la del duque de Rivas, y últimamente, la del duque de T'Serclaes, más provechosa quizá que otras muchas anteriores, en la cual asistieron, a las veces, el gran Menéndez y Pelayo, el ingenioso Doctor Thebussem, y el P. Mir, hablista eximio, hermano de otro Padre, que también sabe dónde le aprieta el zapato.

II

—Este sitio, llamado «Las cuatro esquinas de San José,» antes y después de la revolución de septiembre fué el punto estratégico de los vendedores de periódicos: hombres, mujeres y niños, escapados, al parecer, de la «Corte de los Milagros», que describió un gran novelista. Era el capataz de todos el señor Pedro, un catalán forzudo, falto de la vista y muy diestro en el oficio. Amo del cotarro, sacaba «el papel» de las imprentas y recogía del Correo los «apartados.» Sin apuntar en otro libro que

su memoria, ejecutaba el reparto, cobraba y liquidaba; y no hubo noticia de que se equivocase ni en un céntimo. Recostado en una esquina, el señor Pedro vendía los periódicos de Madrid y de la capital: *El Cascabel, Gil Blas, La Discusión, Las Novedades, El Tío Clarín,* en los días precursores de la Revolución; luego, *La República, El Globo, La Igualdad, El Papelito, La Gorda, El Cencerro, La Boína* y cien más. Pregonaba con exquisito arte, empleando, después del nombre del periódico, estas o parecidas fórmulas: «Viene declarando...» «Trae para que lean...» «Hoy viene que arde...» Calificaba a los políticos: «El valiente Prim,» «El honrado Pí y Margall,» «El hombre del gran tupé,» «Los Calamares,» «El Niño terso,» «El Naranjero...» Comentaba los sucesos, y vaticinaba: «¡La que se va a armar!...» «¡Ya viene la niña!»—llamaba *La Niña* a la república—. Su mujer, una viejecita muy arriscada, le ayudaba en la venta. El señor Pedro fué un ciego de mucha vista.

—Con detenimiento mira usted ese escaparate.

—Embarga mi atención tanta baratija como en él veo: crótalos enjaezados—toléreme usted la frase—con moños y cintas, de los colores de la bandera nacional; cencerrillas pintarrajeadas; microscópicos azulejos y paletas de pintor, con sendas vistas de la Giralda y la torre del Oro; dibujos que representan majos, bailadoras y toreros, y panderetas, muchas panderetas, «enmoñadas» y coloreadas.

—Recuerdos de Sevilla: muestras de la gran ciudad, que ávidos compran los extranjeros para exhibirnos por el universo mundo... ¡Gracias que pasaron de moda las pinturas del contrabandista que lleva a su moza a la grupa del caballo; de la cigarrera, la pierna al aire y

la navaja en la liga; de la *juerga* en la venta; de la riña a navajazo limpio, de los bravos...

—¡Muy típico! ¡Muy típico!

—Antes, como ahora, siempre fué difícil sorprender la gracia en las cosas que la tienen. Llevaríanse los extranjeros a sus tierras rayos de este sol que nos alumbra y algo del ambiente en que vivimos, y con todo, antes de expresarlo, se esfumaría el recuerdo de Sevilla.

—Otro Café...

—El Royal, que se denominó de Colón.

—Y más allá, otro.

—El Central.

—Y otro más arriba.

—El Nacional, donde estuvo el Ateneo y Sociedad de Excursiones.

—Y otro, y otro... ¡Los Cafés señorean esta calle!

—Era, en lo antiguo, el más famoso de todos el del Turco, o de la Cabeza de Turco, que duró hasta mediar el siglo XIX. Dicen que Zorrilla, el gran poeta español, fingió en él escenas de *Don Juan Tenorio,* y que *Ciutti,* el paje del *Burlador de Sevilla,* se parecía, como una gota de agua a otra gota, a uno de los mozos de la servidumbre. Reuníanse allí los políticos de la cáscara amarga—si acepta usted la frase—; los partidarios de la flamante Constitución, los conspiradores, los «negros,» como les llamaban «los blancos.» Fué parecido al de Apolo, en Cádiz, donde hervía el espíritu que animaba las páginas del Código del año 12. De aquel Café, en la noche del 13 de Diciembre de 1821, sacaron en procesión un retrato de D. Rafael de Riego, y lo pasearon en triunfo por las calles, engalanadas de propósito; procesión que se repitió a la noche siguiente, con la particularidad que el

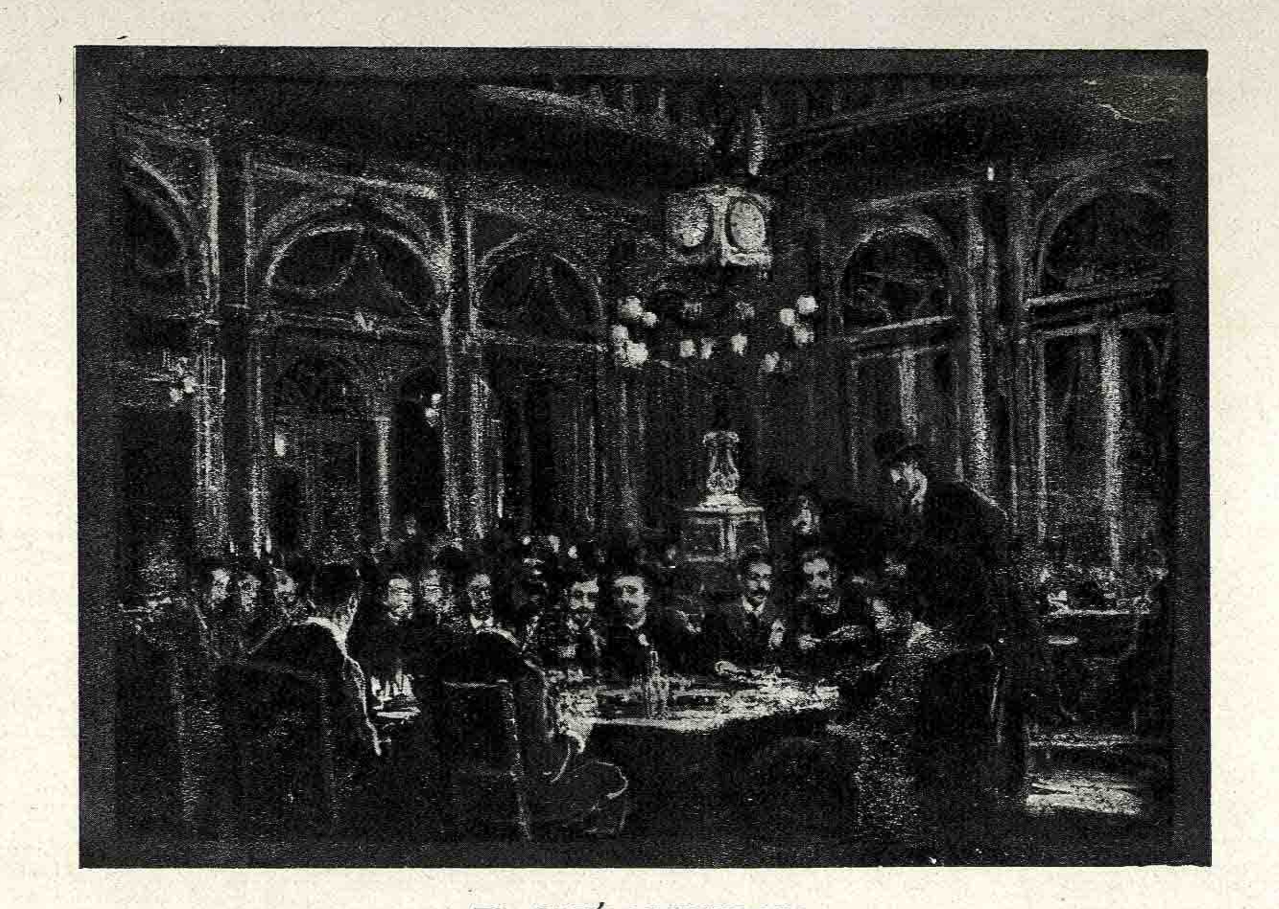
retrato del «héroe» se llevó en coche descubierto, entre flámulas y luces. Pero le llegó su San Martín. La plebe lo invadió en día nefasto, el 13 de Junio de 1823, destrozó el mueblaje, lo echó a rodar todo y abrió las espitas de los toneles, dando salida franca a los olorosos vinos, que por aquí corrieron embalsamando el ambiente. Hoy se llama de Madrid, y antes se denominó Europeo y de América. Pero entre los pasados y los que en lo presente se cuentan, ninguno tuvo ni tiene para mí tanto hechizo como El Universal. Hoy es casino de militares. Evoca mi mocedad risueña, mis camaradas, mis estudios y mis aficiones... los ensueños y las audacias de la juventud. Me trae el recuerdo de los días de las grandes turbulencias: la Revolución y la Restauración... Nos sentábamos a una mesa, ancha y larga, jóvenes y viejos; alumnos de las musas y servidores de Themis, o, dicho más en cristiano, literatos en agraz y escribanos y procuradores.

—¡Buena compañía!

—Gente de pluma...

—De pluma mejor o peor cortada.

—Velilla, Cano y Cueto, Álvarez Surga, Carlos Peñaranda y Felipe Pérez eran los asistentes más asíduos. Velilla escribía dramas; Cano y Cueto, novelas y leyendas; Álvarez Surga, discursos académicos y rimas sentimentales, y Felipe Pérez, sátiras y epigramas. Cual más, cual menos, todos soñaban con escalar el Pindo, y a todos escuchaban embebecidos los escribanos y los procuradores: Estevarena, Velilla y Pons, Emilio Bormas, Moreno y Torcuato Pérez. Los literatos oían hablar de pleitos como quien oye llover. Los curiales no perdían una sílaba de los versos que aquéllos leían o recitaban. Tratábamos *omni*



GONZALO BILBAO.

EL CAFÉ UNIVERSAL

Pág. 8.

scibili; pero se empezaba con versos y comedias, y se acababa con comedias y versos. De tarde en tarde pasaban por allí Juan Antonio Cavestany, niño que a poco fué aplaudido en los teatros por su comedia *El Esclavo de su culpa;* Antonio Machado, en cuya cabeza ardía el pensamiento de la creación de *El Folk-Lore Andaluz,* obra en que colaboraba el inteligente Guichot y Sierra; José Gestoso, enamorado de la Sevilla monumental y artística, a la cual había de rendir sus potencias y sentidos; Mario Méndez, de hermosa palabra y de inteligencia clarísima; Sánchez Moguel, que hablaba siempre retumbando, y José Velarde, médico y poeta que, a tomar pulsos y ver lenguas más o menos sucias, prefirió buscar consonantes y escribir versos muy entonados.

—¿No asistió Rodríguez Marín en la tertulia?

—Vivía a la sazón en Osuna, su tierra natal, y bajaba pocas veces a Sevilla. También, también lo tuvimos con nosotros. Entonces andaba atareado en colegir cantares populares; pero ya había dado gallardas muestras de ser gentilísimo poeta y escribir con extremadas corrección y pulcritud.

—Velilla ponía en el cuerno de la luna al cóncavo y retumbante Quintana; Velarde disputaba por Núñez de Arce; Peñaranda creía en un solo Dios de los poetas, Víctor Hugo, y Felipe Pérez se burlaba de Grilo y de otros ingenios *ejusdem furfuris*...

—Un parnasillo... como otro cualquiera.

—Las *Rimas* de Bécquer, publicadas por Fernando Fe, fueron la revelación de un poeta ignorado de todos los contertulios; de todos, no, porque Bécquer nació en Sevilla, y aquí se educó, y aquí tuvo sus camaradas, y uno de ellos, Emilio Bormas, nos dió pormenores de las andanzas

de su amigo hasta que éste se partió a Madrid para vivir la vida del arte con su querido Valeriano. «Muy buenas, excelentes son las *Rimas*—nos decía—; pero las mejores se han perdido... ¡Magníficas! Las coleccionó para darlas a luz, y el Conde de San Luís prometió escribir un prólogo. ¿A dónde han ido a parar? Las obras de Bécquer caldearon la tertulia. Dice Cervantes que las comparaciones son odiosas, aún las de ingenio a ingenio; pero comparábamos, y si no se rindió alguno al sentimiento exquisito del poeta, todos lo imitamos, y—¡tenía que suceder así!—escribimos muchas pampiroladas.

—El que imita se apodera, a las veces, de la traza y los matices, pero no de la esencia y el aroma, lo individual y propio de la flor. Por los imitadores, no por el modelo, Núñez de Arce habló con desdén de las esmirriadas rimas, que llamó *suspirillos germánicos*.

—Entonces di en la cuenta de que yo había visto a Bécquer en Madrid, en 1866, y no una vez sola, sino muchas, en la librería de Gaspar y Roig, editores de *El Museo Universal*, cuya crónica redactaba aquél; pero yo era niño, y aunque tenía aficiones literarias—me nacieron con los primeros dientes—, ni conocía a los escritores, ni Bécquer lograba el renombre que alcanzó después de muerto.

—Lo que ocurrió con el poeta no fué caso extraordinario. El público de 1860 leyó, sueltas y desperdigadas, *Rimas, Cartas* y *Leyendas*, y las olvidó apenas leídas. Al público de 1870 se le dieron de una vez y en un ramo todas las flores del huerto; y se admiró de la calidad de la tierra, y se embriagó con el aroma, y regaló su gusto, no con ténues hilillos de miel, sino con el río de mieles que de aquellas flores se desbordaba.

—Una que otra vez nos visitó algún *padre grave* de

la literatura, cuyas obras disecábamos sobre el frío mármol de la mesa, más para cazarles gazapos, que para estudiarlas.

—No es de hoy que el discípulo quiera dar lecciones al maestro.

—A las veces, nos regocijaba con extremo Velázquez y Sánchez.

—¿El Quevedo sevillano? Dicen que fué hombre de burlas y donairoso.

—Fernán Caballero escribía a un su amigo, apenado por la muerte de persona muy amada, que viniese a Sevilla y se aliviaría de su dolor comunicando con aquel ingenio.

—Escribió mucho.

—Y habló mucho más, y tuvo puyas para todo y para todos. Oiga usted la semblanza que escribió de sí mismo:

Periodista, historiador,
crítico de los peores,
sin nada ser, en rigor,
fué un hombre de buen humor...
pero de malos humores.

Los malos humores le salían a la cara, pero el buen humor se derramaba de sus labios, y sus epigramas picaban como la pimienta.

—Leí su librito de cuentos y agudezas, *El Caldero del Diablo,* y....

—Era más gracioso hablando que escribiendo. Sus ademanes, sus gestos, las inflexiones de su voz y la perfección con que imitaba la palabra ajena, provocaban a risa. De la pluma al papel se helaban sus donaires.

—Dicen que acabó mal.

—Era alcalde en un pueblo de Filipinas. Un día, con-

vidó a comer a sus amigos, y a los postres, pretextando que iba a buscar cigarros, entró en la habitación inmediata y de un tiro se destrozó la cabeza.

—¡Dios lo haya perdonado!

—Finalmente: de aquella mesa salieron libros, más malos o más buenos, hijos de la fiebre literaria que a sus autores consumía. Tres de éstos dan nombre a otras tantas calles: Felipe Pérez, Cano y Cueto y José de Velilla; la sal y la gracia sevillanas, la ensoñación y la leyenda, y la inspiración y el arte literario.

—Echo menos en esta calle puestos de plantas y flores, pareciéndome poco un puestecillo con algunos tiestos, que vi al entrar por la Plaza de la Constitución.

—Sevilla, si no se aventaja a Valencia, es también la ciudad de las flores. Acontece con esto lo que con nuestras mujeres: hay que buscarlas en su casa, como a las flores en sus jardines y en sus huertos. No quieren ser callejeadas. Por la primavera, los claveles, galanes de sangre cálida, atrevidos, se echan a la calle; y en ésta, y en las de Sagasta y de Tetuán, los hallará usted lozanos, fragantes y reventando de bizarría. Tímidos, asoman sus cabecitas, como niños en pañales, los capullitos de rosas; los nardos y los jazmines se ofrecen al transeunte por plazuelas y encrucijadas, y las rosas, muy señoronas y ufanas de la realeza, se dejan ver en su palacio magnífico, el Parque de María Luísa, de que son las soberanas. Las violetas, temerosas de salir solas, se agrupan en ramos, para abrasarse luego sobre el ardiente pecho de una mujer, y las estrellitas de azahar se aduermen sobre las esmeraldas de naranjos y limoneros. Las flores tienen su fiesta: el día de la Fiesta de la Flor. Hombres, mujeres y niños, ricos y pobres, todos llevamos con nosotros flores:

LA CALLE DE LAS SIERPES



GONZALO BILBAO.

"QUIJÁ" EL FLORERO

flores de industria, sin miel ni aroma; flores de trapo.

—Por la calidad de la tierra, no solemos dar otras los mortales.

—La flor sevillana tuvo su cantor, su gran poeta: no Rioja, que se valió del trapo de la retórica para pergeñar sus versos, sino *Quijá* el florero, bardo errante que, en las cálidas tardes del verano y por las sombrías callejas del barrio de Santa Cruz, pregonaba los hechizos de las marimoñas y las rositas de pitiminí, las malvalocas y las flamenquillas. Fué el cantor de las flores humildes: las flores de la mujer del pueblo, su cariñosa hermana. Las mocitas de los barrios cantaban dolientes:

«¡Cuando se murió *Quijá*
lloraron todas las flores!»

—Ha citado usted el Parque de María Luísa... Sevilla debe estar orgullosa de poseerlo.

—La Infanta de Castilla D.ª Luísa de Borbón, en un rasgo de inusitada generosidad, cedió a los sevillanos una gran parte de los jardines de su señorial morada. El buen gusto de los Duques había logrado hacer de aquel recinto una frondosa huerta de naranjal con aditamentos artísticos y un tanto de parque, deleite de los sentidos y recreo del espíritu: árboles corpulentos, alamedas umbrías, invernaderos de plantas tropicales, una ría que serpenteaba por entre pradecillos de verde grama, aves acuáticas, alguna que otra estatuílla... Los jardines de San Telmo carecían de la intensa belleza de los del Real Alcázar. Faltábanles flores muchas flores; luz, mucha luz, y un poco de esta alegría de vivir, que por la ciudad se difunde. La mano del hombre dirigió la obra de la naturaleza; pero el arte no le dió tonos ni matices. Dueña Sevilla de aquel paraje, cerrado

por tapias y rejas, no osó tocarle; hasta que, proyectada la Exposición Hispano-Americana, e instituído el Comité que habrá de llevarla al cabo, la ciudad vió cómo se transformaban las alamedas umbrías—más tristes que melancólicas—en el más hechicero de los parques. Báñalo el sol andaluz, y lo anima la gracia sevillana. Las flores nos salen al paso, como en los cármenes granadinos. Las fuentes nos alegran con el correr de sus aguas, que saltan en irisadas gotas. Guirnaldas de rosas, dándonos la sensación de los amores virginales, parece como que nos atraen para purificarnos con sus aromas. Los frescos laureles se inclinan para ceñir nuestra frente. El rincón sombrío, defendido de los ardores caniculares por el verde arrayán, nos convida con la siesta. Los silfos y los gnomos se esconden en la gruta en que se siente la humedad de las nieblas germánicas. Allí la ría, que refresca el ambiente; y el estanque de aguas dormidas, en que flotan los nenúfares con la serenidad de las almas quietas; y el montículo desde donde se otea un mar de follaje, como tejido de tapiz, pero no tan tupido que no deje ver por entre sus hilos la Giralda altísima, las afiligranadas agujas de la Catedral, las torres de los templos y las chimeneas de las fábricas; y a estotro lado, el caudaloso Betis; libro abierto de nuestra historia. Por él—lo finge la fábula—el Hércules de la Libia llegó a este suelo privilegiado para señalar el sitio en que se levantaría la ciudad famosa; por él bajaron las naves fenicias, y las cartaginesas, y las romanas, y las que salieron de Africa, y las que comandó Bonifaz, y las que volvieron de América, y la que dió por primera vez la vuelta al mundo, escribiendo con sus quillas las páginas de nuestras pasadas grandezas. «Cauce abierto a todas las razas y a todos los pueblos, por él

nos vino la cultura griega, y el esplendor romano, y el arte oriental, y la riqueza americana.»

—Extrema usted la gloria del Guadalquivir.

—La letra no es mía: poetas e historiadores fueron los autores del himno.

—Perdóneme usted, por la interrupción, y prosiga.

—Los peregrinos por los mundos de las quimeras, en busca del amor que pasa, se detienen bajo el sauce secular, por cuyo tronco robusto trepan las campanillas azules, y evocan la sombra de Bécquer para templarse al fuego sagrado de la inspiración. Al término de aquel lugar de delicias, como creación de genios y hadas, yérguense los Palacios de las Artes y las Industrias, señoreando la Plaza de América. Allí da Sevilla pruebas de su amor al Príncipe de los Ingenios Españoles: en azulejos polícromos, fabricados en la industriosa Triana, pintó los principales pasajes de la historia del *Ingenioso Hidalgo,* manifestando en otros la compenetración de su espíritu y el de Miguel de Cervantes. En aquellos palacios, que son como el resumen del gusto y del estilo de la Sevilla monumental y artística, vista al través de los siglos en que diversos pueblos nos dejaron las vibraciones de su alma, muéstranse orgullosas las artes y las industrias, en cuyo resurgimiento tiene parte un hijo de esta ciudad, Aníbal González, el cual y otro, no menos ilustre, Juan Talavera, han tomado con empeño la obra de embellecer plazas, paseos y calles, conservando lo que debe perpetuarse de la tradición preciosa, pero recogiendo mucho de la vida y del ambiente modernos; concordando lo pasado con lo presente, sin preferir lo que pide el regalo del cuerpo, a lo que es pasto del espíritu. En su obra los secundan legiones de artífices y obreros sevillanos. Cuanto se diga de la aptitud de éstos y del primor con que construyen, que-

dará por bajo de la realidad. No son esclavos de la materia, porque vencen del automatismo de la máquina. Desde el que a golpe de cincel anima el mármol, hasta el que empotra el sillar o sienta el ladrillo; desde el que aserra el tronco del árbol, hasta el que hace de la tabla calados y encajes; desde el que golpea sobre el hierro en la fragua, hasta el que lo convierte en reja o cruz florida, todos, todos son artistas privilegiados.

—El Parque, con sus jardines y sus palacios, me fascina. Hablando de las flores dimos en él, y...

—Y divagamos.

III

—Mucha es la vida de esta calle.

—Parte de la carrera que seguían los reyes a su entrada en la ciudad, imagine usted el espectáculo que presentaría al pasar por ella Alfonso XI, Felipe II y Felipe V. La calle, estrecha; la muchedumbre, apiñada; arcos triunfales, monumentos alegóricos, fuentes de aguas olorosas, máscaras, representaciones, luminarias... Leí en la Crónica del vencedor en el Salado, que «la Ciudad es tan noble en sí, que sabe muy bien recibir y acoger a su señor el tiempo que a ella viene». Sabido es que datan de entonces los dichos de los cortesanos—y quedaron en proverbio—: «Quien no vió a Sevilla, no vió maravilla», y «A quien Dios quiso bien, en Sevilla le dió de comer».

—Siempre fué espléndida y generosa.

—Por ello, Felipe II dijo al Asistente, cuando éste le suplicó que jurase los privilegios, usos y costumbres

de los sevillanos: «Pláceme de muy buena voluntad, porque Sevilla lo merece...» Volvamos la oración por pasiva. Olvidemos tanta opulencia, y representemos la calle vista al través de los motines de la Feria. Turbas famélicas corrieron por aquí y se desparramaron, para ser, a la postre, sojuzgadas.

—Dos fueron los motines.

—Y ocurrieron en 8 y 22 de Mayo de 1521 y 1652. El primero se conoce por el de «La Heria y el Pendón Verde.»

—¿Y ese Pendón...?

—Trofeo de los moros. Los revoltosos lo arrebataron de la capilla de Jesús Nazareno de la iglesia Omnium Sanctorum, y les sirvió de guía. De entonces la Feria es memorable, y se tuvo por plantel de bravos y bravucones. La mencionan los libros de pícaros, de que es rica nuestra literatura, y de allí salieron dos de los rufianes que mantearon a Sancho en la venta de Juan Palomeque el Zurdo. El segundo motín, al grito de «Viva el Rey y muera el mal Gobierno,» puso en armas a todo el vecindario, y por poco le cuesta la vida a D. García de Porras, Secretario del Consejo Supremo. Las turbas, envalentonadas y consentidas, asaltaron la Cárcel y soltaron los presos.

—En todos los tiempos hubo algaradas de la plebe.

—Y no faltaron tampoco los malos Gobiernos.

—También fué esta calle teatro de más de un espectáculo grotesco. Aquí ahorcaron a Napoleón.

—¿A Napoleón?...

—Propalada la noticia del destronamiento del Emperador de los franceses, celebróse con estrépito en todos los barrios, comenzando por el de Triana. Un testigo de

los sucesos dice que en un mismo día, el 28 de Abril de 1814, se ahorcaron en distintas calles más de doce Napoleones. En éste tuvieron, durante veinticuatro horas, pendiente de una cuerda, el pelele que lo figuraba, y, después de llevarlo en un burro por las vías principales, con él dieron en el Perneo, pasada la encrucijada de la Alamedilla, y le prendieron fuego.

—¡La ciudad de la gracia!

—De la gracia... y del coraje.

—No niego que los andaluces son valientes.

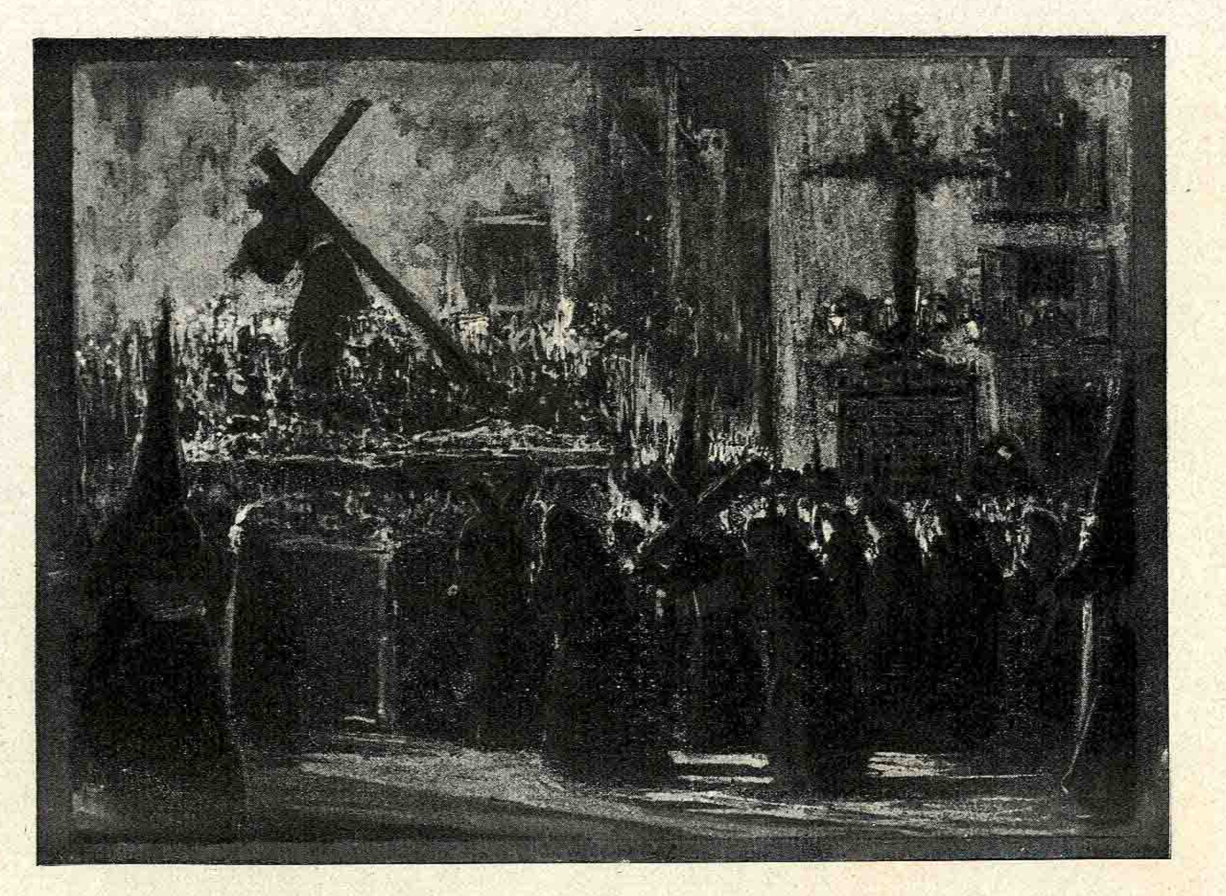
—Ya sabe usted lo que en ocasión de la empresa de Túnez, acometida por el Emperador, dijo D. Pedro de Guzmán, en la emulación por competencia sobre si los castellanos o andaluces eran más animosos o mejores soldados: «El nacer en Castilla o Andalucía no hace al hombre valiente, sino la vergüenza y estimación de la honra y fama perpétua, que valen y pueden más que la vida.»

IV

—Gusto mucho de la ciudad antigua. No faltarían cruces, retablos y conventos.

—Como en todos los puntos de la populosa urbe, aquí resplandecía la fe de los sevillanos.

—Recuerdo, a este propósito, lo que escribió Rodrigo Caro: «Como Sevilla tiene notoria ventaja en número, grandeza, riqueza y magnificencia de templos, no sólo a todas las ciudades de España, sino a casi todas las del orbe cristiano, por la misma razón se le debe el principado de la piedad.»



GONZALO BILBAO. LA CRUZ DE LA CERRAJERIA

Pág. 19.

—De dos retablos nos hablan los historiadores: uno consagrado a Nuestra Señora del Carmen, y otro a la Visitación; éste junto a la puerta de la Cárcel Real, y aquél en una esquina de la calle de Mozas. La más notable de las cruces fué la de las Sierpes, vulgarmente llamada de la Cerrajería. De ella nos da noticias un papel impreso en la oficina de la viuda de Vázquez, en 1817. La forjó Sebastián Conde, rejero, en 1692. ¡Una filigrana! ¡Un encaje primoroso! ¡El triunfo del arte sobre el hierro!

A la entrada de Felipe V en la ciudad, en 1729, para franquear el paso a la comitiva regia, la llevaron al convento de las Mínimas, donde permaneció hasta 1734, que la restituyeron a su lugar. Volvieron a quitarla de allí en 1796, con ocasión de la llegada de Carlos IV, y otra vez la devolvieron a su sitio, en el mismo año. Vuelta a llevarla a aquel convento, en 1816, por la venida de D.ª María Isabel de Braganza, y vuelta a restituirla a la placeta de la Cerrajería, en 1817. Corrieron los años, parecía que estaba segura en su puesto, y en 1840 retorna a las Mínimas, no porque entrasen o saliesen reyes, sino porque había llegado la hora de dar en tierra con las cruces y los retablos que en las vías públicas se ostentaban. De las Mínimas la trasladaron al Museo de Bellas Artes, y recientemente la han colocado sobre la tierra en que yacen las cenizas de Murillo.

—La cristiandad no vió cruz más asendereada.

—Muchas se levantaron en calles y plazas, y desaparecieron a los embates de la tromba que por aquí pasó. En mi niñez, aún quedaban algunas en pilares y paredes; hasta que, en 1855, el Municipio acordó quitarlas de la vía pública y recluirlas en los templos. Entre otras que vi, se contaban la de la Alfalfa, en el pilar de una

fuente; tres de madera, adosadas a la pared, en la calle de las Cruces; las de las calles Ancha de San Bernardo, Humeros, Linos, Ancha de la Feria y la Macarena, y las de la Plaza del Consulado, San Jacinto, Puerta de Triana y Prado de San Sebastián, colocadas en sendos pilares. Al año siguiente, en 1856, muchos vecinos de la ciudad acudieron al Municipio, por conducto del Sr. Gobernador Eclesiástico—el Sr. D. Luís López Vigil, de grata memoria—, en súplica de que las devolviese a los lugares en que estuvieron. El Alcalde, a quien la solicitud pareció de perlas, protestó de su celo religioso, y el Cabildo acordó... que estaba bien mandado lo mandado en 1855.

—¿Recuerda usted algún convento...?

—De tres hago memoria: el de Pasión, el de San Acacio y el de Nuestra Señora de Consolación, de monjas Mínimas. A la clausura del primero, en parte de su área, se establecieron la imprenta del diario *El Sevillano* y la primera oficina de litografía. En el de San Acacio, que es hoy la Casa de Correos, en la calle que se llamó de los Leones, estuvieron la Biblioteca Pública, la Academia de las tres Nobles Artes y el Crédito Público, y en el de Nuestra Señora de Consolación se alzó el teatro el Coliseo Sevillano, que después se denominó del Centro. En el mismo local, durante los días de la revolución del 68, funcionó el club llamado de las Mínimas, como el convento, famoso por la virulencia que los oradores ponían en sus discursos, llevando las corrientes del pensamiento radical por los arcaduces que desaguaron en el océano turbulento de la República. En aquel club, como en los de Regina, la Feria, San Jacinto y otros, se fundieron las balas que ensangrentaron luego calles y plazas. Sevilla desnaturalizó el propósito de la revolución de septiembre. Lanzado en la bahía

de Cádiz el grito «¡Viva España con honra!», el General Izquierdo, a caballo y seguido de la muchedumbre, atravesaba esta calle, al pasar de la de Rioja a la de la Cerrajería, espoleando su cabalgadura, por cuya cincha le reventaba el gozo, y vitoreando a España y a la libertad. Súbito, una voz de trueno—era la voz de las tempestades—salió de la enardecida muchedumbre: «¡Abajo la Dinastía! ¡Viva la República!» El General, desemblantado y blandiendo la espada, como si pretendiese hundirla en el pecho del Eolo que en tal guisa desencadenaba los vientos, gritó también con el coraje de la tormenta: «¡Eso, no! ¡Eso, no!...» No obstante, eso fué. La Junta revolucionaria de Sevilla vió coronados sus esfuerzos—¿coronados? dije mal, porque de quitar coronas se trataba—; mejor diría, vió sin diadema real a la desmedrada España.

V

—He oído hablar de un tal maese Pierres...

—Pierres Papín, el francés giboso

que en la cal de la Sierpe tiene tienda,

como escribió Cervantes en su *Rufián dichoso*. Por cierto, en el *Quijote* lo hizo señor de las baronías de Utrique. Tuvo tienda de naipes, según Rodríguez Marín, entre la esquina de la Campana y la calle del Azofaifo. Algunos autores le atribuyen la invención del «Libro de las cuarenta hojas», cuyo origen es muy más remoto. También vivieron en esta calle el famoso Monardes—cerca de la del Azofaifo—y el célebre doctor Cuadra.

—Tierra fecunda de médicos fué Sevilla.

—Y los honramos como lo merecieron. Lea usted sus nombres escritos en las calles: Monardes, Oropesa, Zamudio, Orfila, Hidalgo—que es Hidalgo de Agüeros—, Federico Rubio, Antonio Salado, Lettamendi, Lasso de la Vega, Sánchez Pizjuán... Mal se hizo en suprimir el de Mastrucio, que decoraba la que se llamó del Naranjo, y hoy se apellida de Méndez Núñez.

—¡Buena tienda de espejos y molduras es ésta!

—Más arriba tiene usted otra que no le va en zaga. Suelen los pintores hispalenses exponer en ésta y en aquélla sus lienzos; por donde una y otra vienen a ser exposiciones permanentes de Bellas Artes, al alcance de todas las miradas. Note usted cómo la gente del pueblo, que no va a los museos, ni al estudio del artista, se detiene aquí y allí y contempla estos primores de la pintura sevillana; primores que autorizan con su firma Bilbao, Mattoni, García Rodríguez, Alpériz, González Santos, Bacarisas, Puigner, Pino, Narbona, Villalobos y muchos más; a todos los cuales diputo por reyes de la luz y del color. Es un medio educativo, que celebro.

—No faltan puestos de periódicos y libros...

—En ellos encontrará usted—si la busca—la literatura barata que sustituye a aquella otra apellidada donosamente por Menéndez y Pelayo «literatura de cordel.» Amén de los puestos ambulantes, tenemos las librerías de Tomás Sanz, Juanito Fé, Eulogio de las Heras y Navarro, donde hay de todo lo bueno—no mucho—y de todo lo malo—no poco—que dan a luz las prensas españolas. Fé y Sanz fueron dos veteranos en el ejército de los libreros de Sevilla. Militaron bajo las gloriosas banderas del inolvidable Fernando Fé, el cual actuaba en una tienda de la calle de los Colcheros—antes de los Monteros, y hoy de Tetuán—, y buscando mayor espacio, plantó sus reales en la Villa y Corte; y tales trazas se dió, dueño de

la librería de Durán, que logró mucho provecho, llegando, cuando menos lo esperaba, porque así ordena Dios las leyes de la existencia, a rendir su vida en su ciudad natal y en los brazos de su hermano, quien falleció ha poco.

—Dijo usted que en la imprenta establecida en el que fué convento de Pasión se estampaba el diario *El Sevillano*... No sería el único que dieron a luz las prensas serpentinas.

—Desde 1837 hasta hoy, si mi cuenta no falla, se imprimieron cuarenta y ocho. Sólo de la imprenta de Ariza salieron dieciseis. Trataron de política, artes, letras, industrias, agricultura, comercio, filatelia, espiritismo y toros.

—Para tantos periódicos habría muchos periodistas.

—Como los caballeros de Bornos: buenos, pero pocos. Entre los de mayor renombre, a quienes conocí, cuente usted a Teodomiro Fernández, ingenioso y de muy buen humor, alma de *El Porvenir;* Velázquez y Sánchez, Tubino, Zarzuela, talentoso y muy elocuente; Guichot, Tirado, Mariano Caso y Juan Manuel Villén, que, pobre y desamparado, fué a morir en la cama de un hospital. En días no tan lejanos lucieron en el periodismo hispalense Francisco Orellana, más político que escritor; Antonio Feria, obrero infatigable, en *La Andalucía;* Federico Barbado, el laborioso Aznar, Segovia, alma de *La Andalucía Moderna;* Rodríguez La Orden, el abogado de las clases menesterosas; Gironés, mantenedor de *El Alabardero;* Díaz Martín, modesto e inteligente, apasionado de la literatura popular, cuyo sentido recogía para infiltrarlo en sus libros, y Lorenzo Leal, que mal vivía de su pluma, acerada y punzante; joven infortunado que halló horrorosa muerte cuando comenzaba a lucir con luz propia y veía alejarse las nubes que entenebrecieron su adolescencia. Iba el periódico sevillano a la zaga del madrileño, encerrado en

sus viejos moldes, ignorando que, merced a los hilos telegráficos, la noticia y el hecho tienen el don de la ubicuidad, y desentendiéndose de la curiosidad impaciente del lector. Aquellos periodistas lo aliñaron y remozaron. A sus actuales sucesores, que dan testimonio del resurgimiento de esta Sevilla tan cantada y decantada—entre ellos, y en primer término, Laguillo, Sánchez Arráiz, Guarddon, Leonis, Lemos, Muñoz San Román, Chaves y Nogales y Feria—, corresponde la gloria de que, bajo sus plumas, el periódico sevillano—que ya no es un eco, sino una voz; no un reflejo, sino una luz—satisfaga los anhelos de la opinión pública, mostrándose consciente de su misión, activo y solícito, reuniendo voluntades para enderezarlas al logro de saludables fines, y, en una palabra, siendo heraldo de la cultura.

—Merecidos son tales elogios.

—E injusto sería yo si no consignase que mucho debe también el periódico sevillano a la colaboración con que lo decoran hombres tan inteligentes como Hazañas y la Rúa, Muñoz y Pabón, Peñalver, Izquierdo, Bandarán, Vázquez, Romero y Martínez, Rodríguez de León, Carretero, Infante, etc., etc. Una nueva generación de escritores y poetas laboran en campos que darán ópimos frutos: Laffón, Mariani, Salvago, del Valle, etc., etc.

—Si no le enoja, entraremos en un café y descansaremos; sin dejar, por supuesto, de hablar de la calle, que es el corazón de Sevilla.

—Entremos en el que usted prefiera.

VI

—Mucha y muy variada es la concurrencia. El ruído aturde. Es imposible pensar, hablar y comunicarse.

—No tanto, amigo mío, no tanto. Cada abeja pone la gota de miel en su celdilla, a pesar del zumbido de la colmena. Alrededor de aquella mesa, traficantes que urden tratos y monipodios. Más allá, cómicos, músicos y danzantes que buscan contratas. En esa, curiales. En esotra, estudiantes... que no estudian. Allí, un diestro rodeado de sus admiradores. Más acá, empleados que descansan de sus tareas fatigosas. En aquel rincón, un joven emborrona cuartillas de papel: es un gacetillero que hilvana las últimas noticias de la tarde. A su lado, otro joven escribe también... ¿una comedia, un poema? Oyó decir que los grandes ingenios trazaron sus obras sentados a la mesa del Café, o, borrachos como una uva, en el lóbrego y pestilente camarote de la taberna, y allí está, sufriendo los dolores del alumbramiento. Ese caballero que bosteza y se entretiene en liar cigarrillos, se aburría en su casa y viene para... seguir aburriéndose. El de más allá acecha a su deudor, que en el billar juega a las carambolas. El que está a su lado es el soberano del Café: llega, se arrellana en su asiento, lee la prensa nacional y la extranjera; bebe moka en la taza, con gotas, y leche en el vaso; se guarda en el bolsillo dos terrones de azúcar—para el perro, según él dice, o para los niños—; y pareciéndole poco, demanda tintero, papel, pluma, sobres, mondadientes... y un fósforo para encender el cigarro; ¡todo por cuarenta céntimos! Aquel anciano de aspecto venerable...

—Pregona pobreza y desamparo.

—Pues ahí donde usted lo ve,

con quince lidió en Zamora
y a los quince los venció.

Escaló los claustros, subió a los palacios, ciñó coronas y empuñó cetros...

—Un comediante.

—Reliquia del viejo romanticismo. Háblenle de lo moderno, y exclamará trágicamente:

¡No diera yo un Girón por cien Guzmanes!

De mesón en mesón, de venta en venta, rodó por villas y lugares. Fué galán, bobo y barba. ¡Si hubiese podido representar en el Corral de las Comedias, de Madrid...! La envidia... ¡Siempre la envidia!

—¡Pobre hombre!

—Vive en el mundo de su pasado *glorioso,* y no pueden con él ni el reuma ni el catarro. Albergue de desocupados y afligidos, aquí apagan su sed los sedientos, y los asendereados descansan.

—Esta es la casa de todos.

—De todos los que no la tienen. ¡Cuántos buscan aquí el fuego que en su propio hogar les falta! ¡Cuántos matan el tiempo, cuya muerte lloran después en días negros e interminables! Muchos, apostados tras las vidrieras, se enfrascan en la labor sin designio de ver las gentes que por la calle transitan como figuras de una cinta cinematográfica sin fin. Viven viendo pasar. Pero lo que pasa no les deja nada, ni ellos toman nada de lo que pasa.

—Así acontece también fuera del Café. Miramos, pero no atendemos; y a nuestra vez pasamos. La tierra y el mar no se olvidan ni del arado ni de la nave: los recuerdan el surco y la estela. De quien nada dejó tras de sí, ¿quién se acordará?

—Tiene el Café su psicología.

—Porque tiene alma... aunque parezca un contrasentido que la tenga. Aquí se habla de todo: de lo temporal y de lo eterno. No hay maestro de obra prima que no dé

lecciones al Ministro de Hacienda, ni estudiante de leyes que no se las apueste con el de Gracia y Justicia, ni soldado de cuota que no haga un ovillo al de la Guerra. Donde menos se piensa salta un arbitrista. Las noticias vuelan con la celeridad de la chispa eléctrica. El mármol de la mesa, ya es estátua que pregona un mérito, ya sepultura que pudre una honra. El café, la luz, el humo de los cigarros y el ruído desatan los nervios. La fantasía es la señora, y la razón la esclava. Se cuestiona, se alterca, se disputa; en tanto lustra las botas el betunero, la vendedora de periódicos reparte su papel; un pobre vergonzante, o sin vergüenza, pide una limosna, y la atmósfera viciada quema la sangre, a despecho del ventilador que, vertiginoso, mueve sus anchas aspas. No obstante, aquí se goza con un deleite sin nombre. Esta comunicación franca y sin cortapisas; esta aproximación sin confusión; este variar incesante de la imagen y de la palabra; este sacar fuerzas de la voz y del ingenio para vencer en el estadío, y esta explosión de vida que alegra y conforta al débil, nos atraen y fascinan.

—¿A dónde va usted a parar, amigo mío? Beba ese precioso líquido, y prosiga hablándome de la calle.

—Verdaderamente, el café como bebida y el Café centro de hombres, me subyugan. Me hallo en el Café ¡tan solo y tan acompañado!

—¡Siempre soñador!

—Poniendo siempre alas a todas las cosas para que se remonten sobre el suelo.

VII

—Hábleme usted de teatros, porque la calle los tendría.

—En el local que fué convento de Pasión vi uno, el Anfiteatro; y no recuerdo si el Principal, a que se entraba por la calle de la Muela—antes de Martín Cerón y hoy de O'Donnell—, tenía puerta o portillo que comunicase con ésta. Construído en 1795, se reedificó en 1837 y se cerró en 1858. Su historia es muy interesante. El erudito Chaves refirió sus más curiosos pormenores. Allí comenzó su carrera artística el gran actor D. José Valero, y allí también acabó la suya gloriosa su hermana Josefa, que falleció en una casa de la calle de Triperas—antes de San Gregorio y hoy de Velázquez—, según dice una lápida que dicha casa tenía. Poco a poco fué desmoronándose, hasta que en su suelo se levantó el edificio que dedicaron a Café, dándole el nombre de Central.

—¡Otro Café!

—Reuníanse en él jóvenes amantes de las letras y un viejo que las cultivaba con provecho. Diego Angulo, el modelo de los estudiantes, entre sorbo y sorbo, leía y releía los artículos del Código Civil; Lorenzo Leal trazaba la novela *Los Trabajos de Sísifo;* Manuel Díaz Martín escribía libros de requiebros, piropos y maldiciones gitanas; Torre y Salvador ejercía de Aristarco; Benito Mas y Prat, a quien ya aquejaba la horrible dolencia que acabó con su vida, recitaba sus versos, que nos sabían a Arolas y a Zorrilla.

—Fué un poeta inspirado y un escritor muy ameno. El

poema *Idea de Dios* y el libro *La tierra de María Santísima* publican las excelencias de su ingenio.

—El viejo era el autor del drama *Diego Corriente* y de de las primeras «Revistas» que se representaron en los teatros españoles: D. José María Gutiérrez de Alba, el cual murió olvidado de los que fueron sus camaradas en letras, considerando cuán efímero es el aplauso público, cuán quebradiza la amistad y qué vácua la gloria humana. Sus restos yacen en el humilde cementerio de la villa alegre que el Guadaira riega. Su recuerdo vive en mí. Testigo fuí de sus triunfos, y vi correr más de una lágrima por sus mejillas, que marchitaron la vejez y el desengaño... Guardo sus Memorias para darlas un día a la estampa. No lejos de nuestra mesa, Manuel García, el *Espartero,* recibía el culto del enjambre de sus admiradores.

—Letras y cuernos.

—Sobre las ruínas del Convento de Monjas Mínimas se alzó el teatro El Coliseo, donde fueron muy aplaudidos Pedro Delgado y José Mesejo. Hoy, titulado de Lloréns, es un precioso salón de espectáculos. Este, el Kursaal Central y el Imperial son los edificios destinados a las representaciones teatrales de segundo orden y a la exhibición de películas cinematográficas: esa locura de los ojos y de la fantasía.

—He oído decir que aquí se congregaba la «gente de coleta».

—Ya no sostienen con sus hombros las esquinas de la Campana, ni se agrupan delante de los establecimientos. Rodríguez Marín narra un sucedido que viene ahora como anillo al dedo. Fué el caso que el dueño de una tienda de baúles, mohino porque le obstruían el paso, delante de la puerta, toreretes de esos que andan a la

capea, que es como andar a la flor del berro, colocó en el escaparate un cartel que decía: «Maletas». Los aludidos no volvieron a parecer por aquellos contornos.

—¡Ocurrencia graciosa! Contada por Rodríguez Marín sabrá a mieles.

—Y ya que de toreros hablamos, recuerdo a uno que paseaba por esta calle su majeza: me refiero al *señor* Manuel Domínguez. Era de ver aquella figura arrogante, aquel hombrón vestido a la andaluza, con pantalón ceñido, chaquetilla de terciopelo, faja de seda y sombrero calañés; erguido, con patillas a la antigua usanza torera; muy poseído de su valentía, y acompañado siempre de alguno de sus admiradores. Él sólo llenaba la calle. Mató muchos toros *recibiendo,* y, como Tenorio, no hubo hombre para él. Ni en la ancianidad perdió sus humos y sus arrestos. La pobreza, que abate las torres más altas, no domeñó su cerviz altiva. Fué el último de los lidiadores a cuyos nombres el pueblo anteponía el dictado de *señor*.

VIII

—Tiene esta calle sus días de las grandes fiestas: el Corpus y la Semana Santa.

—Fiestas famosas en todo el mundo.

—Entra la procesión del Corpus por la vieja Plaza de la Constitución y llega a la Cerrajería, por donde sigue para dar en el templo metropolitano, de que salió. El espectáculo de la calle, en la mañana de ese día, escapa a la labor de plumas y pinceles. A vista de pájaro,

semeja copioso hormiguero, o colosal colmena, o mar inmenso con su flujo y su reflujo. Asómanse a ventanas y balcones mujeres tocadas con mantillas, prendidos a sus trenzas los primeros claveles de nuestros jardines.—¡Jardines son, por sus mujeres y sus flores, los balcones y ventanas de la calle!—Aromatizan el aire la juncia, el romero y el incienso que en blancas nubes esparcen los turíbulos. Recrean el oído acordadas músicas, al romper en los majestuosos sones de la Marcha Real Española. Intervienen en el concierto los himnos de los sacerdotes, solemnes y graves, y los cánticos de los seises, coro de ángeles y serafines... La Custodia pasa. Lluvia de flores cae sobre el templo de plata que coronan la espiga—el pan—y la uva —el vino—: el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo... Desfila la procesión, caldeada por los rayos de un sol ardoroso y entre olas de luz vivísima, recogiendo las aguas que se desbordan del mar del sentimiento, cuyas espumas son las oraciones que emergen de las almas fervorosas. Resurge entonces la Sevilla de las muchedumbres creyentes: la Sevilla que se abraza a su Giralda, sobre la cual esplende la estatua de la Fe; en tanto, las campanas, al viento sus lenguas, difunden el más alegre de los repiques... El Corpus es la fiesta de la alegría, como las solemnidades de la Semana Santa son las fiestas de la tristeza; de la tristeza y de la alegría sevillanas: una tristeza alegre y una alegría triste.

—No está mal la paradoja. Dice usted que las Cofradías de la Semana Santa...

—Lea, si no los ha leído, los artículos que escribió no ha mucho, describiéndolas, el popular novelista Muñoz y Pabón. La descripción supera a lo descrito; el retrato triunfa del original. Hechizos y primores.

—Es de oro la pluma del señor Lectoral.

—¿Nos vamos?

—Pagaremos la costa y saldremos.

—Paguemos y salgamos.

IX

—Apenas puede darse un paso. ¡Tanta es la gente que transita por la calle!

—Una plaza y once vías la alimentan, dándole la sangre de la ciudad populosa: la Plaza de la Constitución y las calles de Manuel Cortina—de la Joyería, o de Joyeros, y después de Entre Cárceles—; la del Almirante Bonifaz, un tiempo, de Rosillas—; la de Sagasta—de Gallegos, en lo antiguo—; la de Jovellanos—anteriormente de las Cuatro Esquinas de San José—; la de Moreno López, que se llamó de la Condesa y también del Mesón de las Mozas—; la de Rioja—en otros días de los Perros, por venderse en ella los de caza—; la de Pí y Margall—de Arqueros y luego de la Cerrajería—; la de San Acacio—antes de los Leones—; la de Rivero, la del Aromo y la de la Campana, que se denominó del Confitero y del Pastelero.

—¿A quién alude la de Rivero?

—A D. Nicolás María: sevillano clarísimo, médico renombrado, político de altura, azote de los secuestradores de Andalucía...

—*Brevis esse laboro, obscurus fio.* Bueno está el laconismo; pero no llevado al extremo de que no se sepa a quién o a qué se refiere el nombre de la calle.

—Está usted en lo cierto. La de Castillejos, antigua de la Mosca, recuerda...

—La batalla que el general Prim ganó en Africa.

—No: al poeta Cristóbal de Castillejo, que no fué sevillano. La de Delgado...

—Por el actor D. Pedro.

—Tampoco: por el discípulo de Micer Antonio Florentín, el escultor que hizo «con mucho arreglo» el retablo de la iglesia de *Regina Angelorum*. Ni por el actor, ni por otro Pedro Delgado, famoso rejero. La del Carpio...

—¿Por el castillo?... ¿Por el pueblo?...

—Por el Marqués del Carpio, Asistente de la ciudad. La de Peral...

—Por D. Isaac el del submarino.

—No, señor: por un árbol que da peras. La de Calderón...

—Por el gran dramaturgo.

—Por Pedro Calderón, escultor sevillano, el cual, según dice Ceán Bermúdez, en unión de Marcos Cabrera, Alonso de Mora, Blas Hernández, Andrés Monís y Melchor de los Reyes, ejecutó en 1561 las obras del cuarto cuerpo del Monumento, que anteriormente sólo tenía tres y remataba en una cruz.

—Es muy variada y pintoresca la rotulata de las vías públicas.

—Sin letrero oficial, se las conocía en lo antiguo por los sucesos en ellas acaecidos, por los monumentos, las artes y las industrias, si no por los nombres de personas señaladas, y también por los pueblos que intervinieron en la colosal empresa acometida por San Fernando. Al correr de los días, se procuró recordar hechos gloriosos y honrar a los varones esclarecidos; por donde el nomen-

clator de Sevilla es la expresión del pensamiento de la Ciudad e índice de reliquias venerandas.

—Tendrá muy rancia historia la Plaza de San Francisco.

—Por los nombres que le dieron durante el siglo XIX puede escribirse buena parte de la historia política de España. Fué un no acabar nunca, lo de ponerle y quitarle rótulos en mármol, lienzo y madera. ¿Se implantaba el régimen absoluto? Pues he ahí que se la nombraba del Rey. ¿Triunfaban los constitucionales? Pues era de ver cómo se trituraba el mármol, o se quemaban la madera y el lienzo, y la sufrida plaza recibía, en el nuevo bautismo, el nombre de La Constitución. Seis o siete veces aconteció esto, con explosiones del fervor popular que daba para todos los gustos; no pudiendo decirse, si de pasiones exaltadas hablamos, cuál de los dos platillos caía más bajo, porque siempre estuvo en el fiel la balanza. Pero es tanta la fuerza de la costumbre, que, a despecho de todas las rotulaciones, la plaza sigue llamándose de San Francisco.

X

—Y volviendo, o por mejor decir, no saliendo de la calle en que estamos: aquí todo sonríe.

—La alegran sus edificios desiguales y varios, anchos los unos, estrechos los otros; levantados no pocos sobre solares de posadas y mesones, sucesores en el tráfico y en el tragín de aquel comercio que se enriqueció con el oro y la plata que de las ubérrimas Américas nos traían, y de aquellas industrias que no daban abasto a la demanda

de propios y extraños... Pululan aquí, en los días de la Feria—de la Feria por antonomasia, la de nuestro abril espléndido y florido—, gentes de las naciones extranjeras y de todos los pueblos de la Península. Babel, por la confusión de lenguas. Babilonia, en voz de la germanía. Paseo de desocupados, antesala de la Plaza de Toros en las tardes de lidia, bazar de todas las manufacturas y almacén de todas las baratijas. Por la primavera huele a rosas y a claveles, y en todo tiempo sabe a café y a manzanilla... Pero ¡ay! también transitan por esta calle la tristeza y la miseria: los pretendientes sempiternos y los pobres de levita que nos asaltan al paso, pidiéndonos cartas recomendatorias para lograr destinos, y ochavos con que aplacar el hambre. A las altas horas de la noche, cuando duermen los hombres de bien—si tienen sueño—, los nocherniegos inadvertidos dan en sirtes y escollos, fascinados por el arrullo de las palomas que se desbandan al salir de los palomares. Unos y otras son las espinas de la flor; amén de los muchachos que enseñan carnes costrosas por los jirones de su ropilla, y andan a caza de bolsas y pañizuelos; que no los hurtarían mejor, tan sin sentirlo el despojado, aquellos Rinconete y Cortadillo, camaradas inseparables desde que toparon «en la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla a la Andalucía».

—¡Cuántas tiendas de relojes y juguetes!... Camiserías... Zapaterías... Peluquerías... Cervecerías... Confiterías... Pastelerías...

—Para pasteles, amigo mío, los que daban en los antiguos Suizos: otro Café con aditamento de fonda, luego colegio, y hoy, en parte, el Salón Imperial. No faltaron tampoco, y en todo tiempo, casas de comida con los nom-

bres que los años les dieron, atendidos, ya el servicio, ya la calidad de los parroquianos, ya el exorno y decoro del local, ya la variedad de los artículos de comer y beber que en ellas se consumían. Empiece usted por las de gula, los bodegones y figones; siga por las hosterías, botillerías y fondas, y llegará al *restaurant* espléndido. Ha un siglo, se contaban las famosas botillerías, hosterías y fondas de Lazarrt, Carrogio y Laterrada; y los vivientes conocimos—amén de casas en que se «tomaban copas» y se «comían bocadillos»—aperitivos, como ahora se les llama, y, más en sevillano, *borracherías*, que son como tabernas con camisa limpia—, las fondas de Europa, Universal, de los Suizos y del Pasaje de Oriente. Si observa usted y compara, verá que, a pesar del tiempo, semejante a la muerte en lo de acabar con todo, aún subsisten en estas casas de comer y beber, que por aquí vemos, gérmenes de las de gula. El escenario y los actores son los mismos; sólo se ha variado la decoración.... Pero advierto que se le van a usted los ojos tras aquellas mozas garridas que al pasar nos han dejado aromas de albahaca y alhucema y la sensación que causa todo lo sano y limpio.

—Verdaderamente, me hechizan su andar acelerado, el revuelo de sus enaguas, la gracia con que llevan prendidas al cabello, un tanto desaliñado, algunas florecillas, lo airoso de su talle y el mantón con que lo ciñen—cuyos flecos a poco se enredan en los botones de mi americana—, su charla, que parece gorgeo de pájaros, y su movilidad nerviosa.

—Cigarreras que vuelven de la Fábrica. Retornan del trabajo más alegres y más limpias que antes de ir al taller.



LAS CIGARRERAS

GONZALO BILBAO.

—Tienen mucho de la clásica cigarrera de Seviall.

—No fué nunca la hembra desgarrada que vieron al través de sus lentes los romancistas extranjeros, sino terrón de las salinas de Sanlúcar y rayo del sol que dora la Giralda.

—¿Quién es ese hombre, que por poco me atropella, de rojo semblante, desgreñado y trémulo?

—Es.... Jorge. Tanto le han tirado de la oreja, que la lleva sangrando y colgante.

—¡Qué ruído tan infernal!

—Los pianillos callejeros; el arte musical a puñetazos.

—Parece esta calle un cuartel suelto.

—La «española infantería» que por aquí pasea su arrogancia.

—¡Cuánto obrero!

—Retornan del trabajo.

—¿Esa legión de muchachos que, en zig-zag como los murciélagos, corren, y vociferan...?

—Vendedores de los periódicos *El Liberal, El Noticiero, La Unión* y *La Noche*.

—¿Pero es de noche? ¡Nadie lo diría! Las luces que en Cafés, tiendas y bazares, lanzan rutilantes chispas, poniendo brillo y matiz en todo, y los relámpagos que en esos fanales fulguran, realzando los perfiles de personas y cosas y sacándolos del fondo gris en que se muestran, alumbran la calle al fingir rayos de un sol que declina y clarores de una luna limpísima de enero.

—Es la hora de la ciudad que descansa... que descansa y vuelve a cansarse en un tráfago sin término. ¡A divagar calle arriba y calle abajo! ¡A poblar Cafés y Teatros! ¡A aguzar los sentidos y despertar el apetito! La «lóbrega noche» del poeta no es la noche de la calle de las Sierpes... porque esta calle no tiene noche.

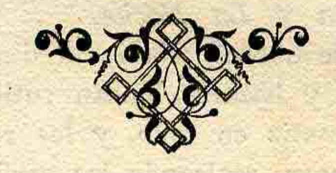
—¿Y quién, quién es esa flor, esa luz, esa gracia que trasmina esencias de nardo y azahar?... ¿Quién es esa estrella que acaba de caer del cielo?

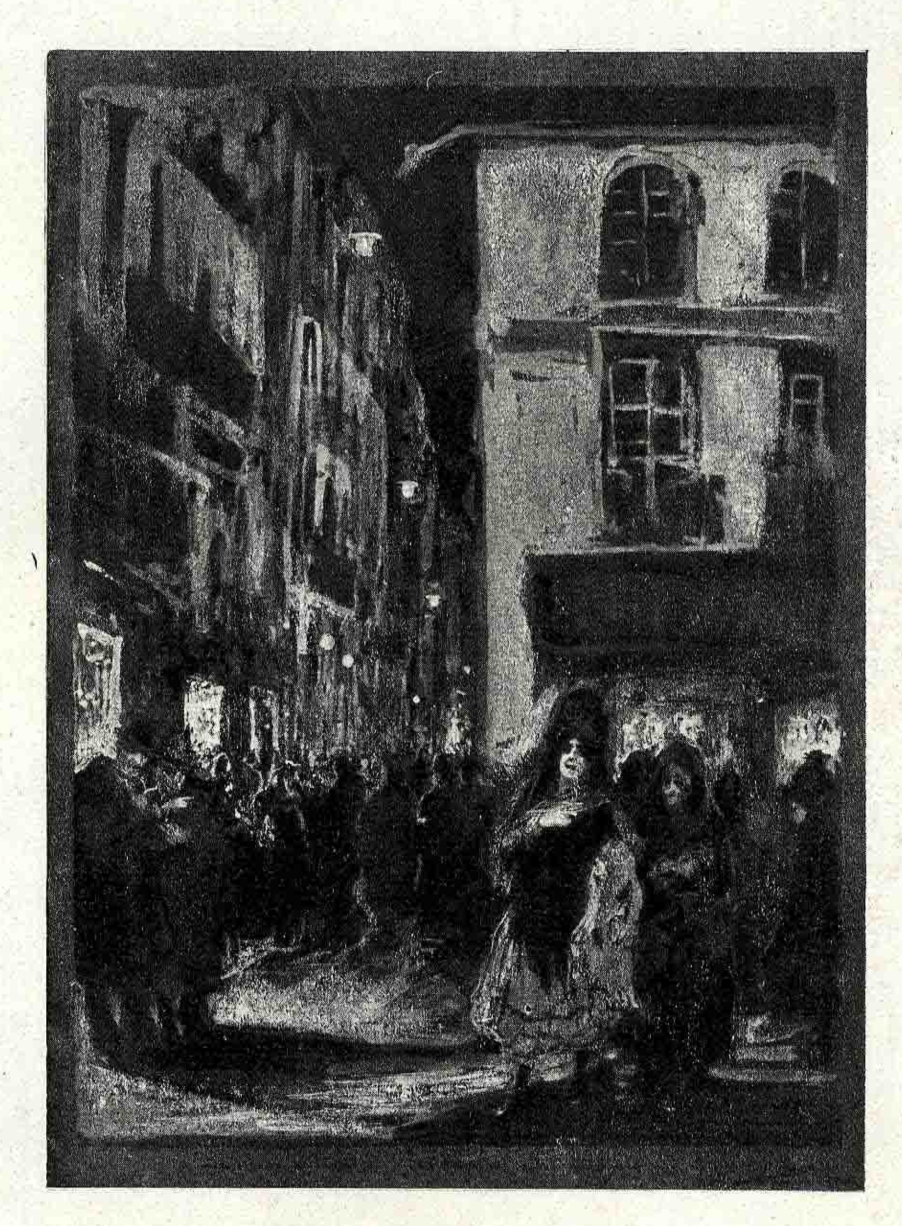
—La reina de la calle: ¡la mujer sevillana!

Aquí terminó el coloquio; porque mi huésped se me escapó, como quien dice, de entre los dedos, y allá fué, siguiendo los giros de la estrella.

Y dije entre mí:—Calle de la Sierpe... ¡y de las Sierpes!

Luis Montoto.





LA ESTRELLA DE LA CALLE

GONZALO BILBAO.

Pág. 38.


Tip.
Gironés
Sevilla